

MATERNIDAD/MATERNALIDAD Y TRABAJO:
"EFECTOS" DEL ROL DUAL SOBRE LAS MADRES QUE
TRABAJAN

María Ragúz de R.*

An overview of sex role literature and recent research on working mother is presented. Attention focuses on correlational and causal findings concerning the "effects" mother's dual work has on herself. The article constitutes a continuation of a previous one on the "effects" of mother's work on her children and husband.

El artículo revisa literatura e investigación sobre roles sexuales en lo que concierne a madres que trabajan. Se focaliza la atención en los hallazgos correlacionales y causales en relación a los "efectos" que el trabajo dual de las madres tiene sobre sí mismas. Constituye una continuación de un artículo previo sobre los "efectos" del trabajo de la madre sobre sus hijos y esposo.

* Universidad Católica del Perú.

“Efectos” sobre sí misma

En un artículo anterior (Ragúz, 1988) vimos el tema de las actitudes hacia el trabajo de la mujer, atribución de logro, preferencias y metas ocupacionales. También hemos tratado sobre los “efectos” del trabajo de la mujer en sus hijos y pareja (Ragúz, 1989). Veamos ahora qué sucede en la mujer misma.

¿Efectos o “efectos” del rol dual?

En la investigación sobre los efectos del trabajo en la mujer, un primer problema lo representa el hecho de que los estudios experimentales no pueden reproducir la vida real, y el control de variables relevantes imposibilita reducir la complejidad de manera que se pueda llegar a afirmaciones causales. Así, debemos ser conscientes de que al tratar con estudios correlacionales, la causalidad no puede ser establecida (salvo contados casos de sofisticación estadística). Por ello, preferimos hablar de “efectos” —entre comillas— siendo más adecuado interpretarlos como tendencias o simplemente, relaciones.

El problema de la causalidad nos conduce al punto de la complejidad de las variables en juego, donde la linealidad es prácticamente imposible de establecer. Los estudios de mayor sofisticación metodológica muestran que existe una multiplicidad de variables relevantes e intermedias en la investigación de los posibles “efectos” del trabajo de la mujer casada.

Una primera variable a considerar es la de las diferencias individuales, y, por ejemplo, Bradbard y Endsley (1986), proponen un modelo para investigar las diferencias en las satisfacción con el cuidado de sus hijos, que experimentan las madres que trabajan. Otro estudio que demuestra la compleja interacción de variables es el de Thomson (1980), quien —mediante regresión múltiple— encuentra que el valor del empleo para las madres de preescolares depende del “costo” percibido del rol parental, evaluando el tiempo de dedicación en función de ello. También se ha visto que, conforme los hijos crecen, las madres van reestructurando su noción del rol maternal y de las necesidades de sus hijos.

Igualmente, el momento de vida de la mujer es, en sí mismo, una variable relevante. Las metas de las mujeres cambian a lo largo de su vida y experiencias, en parte debido a cambios internos, y en parte, debido a cambios en su estructura social (Gerson, 1986a, b). Por ejemplo, se encuentra que la motivación de nutrir y cuidar a los demás —tradicionalmente considerada “maternal” y femenina— es mayor que la motivación de logro sólo cuando se tiene hijos menores de 4 años, ya que si son mayores, sucede lo contrario: la motivación de logro es mayor (Krogh, 1985). Esto podría estar apuntando a las redes de soporte social, en la medida en que los hijos mayores de 4 años están, por lo común, asistiendo a la escolaridad formal, y son más independientes.

Tradicionalismo en Psicología

La teoría psicológica tradicional rara vez hace mención de los cambiantes roles de la mujer, y siempre es definida desde un rol maternal. Por ejemplo, Carrillo y Walter (1984), desde un punto de vista psicoanalítico, hablan del rol “dual” de las madres, pero no para referirse al trabajo fuera del hogar, sino al “doble rol” de la madre de mantener la propia identidad a la par que satisfacer las necesidades de distancia y fusión del niño.

Precisamente es la teoría psicoanalítica ortodoxa la que ha contribuido a una visión tradicional de la mujer, que sólo recientemente está evidenciando cambios. Afirmaciones como que el clítoris es un órgano masculino incompleto, o que la mujer es un hombre detenido en su desarrollo (Deutsh, 1925), o que las buenas madres son frías y la vagina es un órgano reproductor y no sexual, constituyen ejemplos extremos del sexismo que ha existido y existe en la Psicoanálisis. Si bien se evidencian revisiones por psicoanalistas feministas y otros, todavía encontramos un sesgo. Por ejemplo, tratar la identidad de la mujer como algo dual en términos de esposa/madre y profesional que supone un conflicto a resolver, que depende básicamente de una buena identificación con la madre (Kestembaum, 1986), refleja también una manera tradicional de concebir a la persona humana, y de encasillarla en base a su sexo biológico, en una estereotipia de rol sexual tradicional o esquemática.

Una manifestación del sexismo en Psicología se encuentra en la manera en que se suele definir “logro”, el cual se asocia a lo académico, profesional, y, hasta cierto punto, se traduce a dinero; nunca se usa, por ejemplo, para referirse a lo típicamente femenino, como el “logro maternal” o “logro en la crianza de los hijos”.

Existe un sexismo en la Psicología aún al momento de formular preguntas de investigación. ¿Quién, por ejemplo, ha investigado los “efectos” del trabajo del hombre sobre la esposa? De ahí que encontremos preocupación por los “efectos” negativos, y no positivos, del trabajo de la mujer.

Satisfacción con el rol y conflicto de rol

Volviendo el tema de los “efectos” del rol dual sobre la mujer, dos aspectos ampliamente estudiados han sido la satisfacción con el rol dual y el conflicto de roles, haciéndose patente la existencia de prejuicios y falsedades en la opinión pública y la psicología tradicional.

Cuanto más satisfecha esté con su vida y su roles una madre, menor será la patología de sus hijos, sostienen Soliman y Mayselless (1982) . Y Dittman (1986) añade que es necesario que el que cuida a los hijos —hombre o mujer— sea “amoroso, responsivo, y respete la individualidad de los niños”.

¿Qué ocurre con la satisfacción que experimenta la mujer respecto de sus roles de madre, esposa, ama de casa y/o trabajadora remunerada? Tal como usualmente están dadas las cosas, la mujer casada tiende a pasar por etapas donde su foco de interés va variando: del marido a sus hijos, luego a los nietos, y, finalmente —si se divorcia o enviuda— a otra pareja. La autorealización se busca a través de otros y no por sí mismas. Pareciera ser que la experiencia laboral lleva a cuestionarse ésto y a redefinir la personalidad. Pero sería simplista suponer que la satisfacción de la persona proviene única y exclusivamente de un rol, maternal o laboral (Shenan, 1984).

Se ha sostenido que los cambios de la vida moderna implican conflicto de rol para la mujer (traducido en ambivalencia social y psicológica y alineación evolutiva), que estaría en función de la relación entre un nivel “micro” (necesidad de apoyo de la pareja o stress por el rol maternal) y un nivel “macro” (ambivalencia estructural, sociológica, nivel socioeconómico, raza (Earle & Harris, 1985).

Wojciechowski (1982), por ejemplo, sostiene que la madre que trabaja experimenta confusión de roles y problemas de autoimagen por desviarse del rol tradicional. Los valores inculcados en la infancia, en especial por los padres, contribuirían a la confusión. Sugiere esta autora que, para paliar esta situación se dé una red de soporte social, de aprobación y ayuda en el cuidado de los niños, y de complementareidad de roles con el esposo. En esta línea, Woods (1985) observa que el apoyo social, en términos de ayuda del esposo con la tareas del hogar, se asocia con mejor salud mental de la mujer que no tiene hijos y trabaja. En las que son madres, es de mayor importancia para su salud mental, contar con una o un confidente que no sea el esposo.

Otros autores (Reskin & Coverman, 1985, por ejemplo) notan que aunque el empleo o trabajo en sí ocasione igual stress en hombres que en mujeres, éstas se encuentran estadísticamente más expuestas a una serie de factores “stressantes”, como riesgo de desempleo.

El doble rol sería fuente de sentimientos de inadecuación y culpa en la mujer, que la llevarían a depresión y ansiedad (Bovbjerg, 1985). El tener que enfrentarse a situaciones de poder en la sociedad moderna haría de que la mujer, tradicionalmente “nutriente” experimente miedo, egoísmo, destructividad, abandono (Miller, 1987), o incapacidad (desvalidez) aprendida. La idea del “stress del doble rol” de la mujer es muy difundida. Se cree en la existencia de sobrecarga afectiva, dificultades de concentración, tensión en el cuidado de los hijos (De Konick, 1984, en Canadá). Pero parecieran más suposiciones derivadas de estereotipos tradicionales, que realidades comprobadas, constituyendo “correlaciones ilusorias” (Ragúz, 1983).

En un estudio de regresión múltiple (Barnett & Baruch, 1985), se comprueba que la sobrecarga de rol depende de cómo la mujer haya vivido su rol materno y su rol laboral. Es más, el rol maternal causa stress al margen que la madre trabaje o no. Pero sólo el rol maternal causa stress; el laboral, no. Ningún rol, fuera del maternal (esposa, trabajadora, u otro) explica la sobrecarga afectiva. Únicamente este rol —el definitorio de la autoestima y autoconcepto de la mujer tradicional— es el que produce ansiedad, ya sea sólo o en combinación con los otros roles (los cuales, sólo, no generan ansiedad).

Resulta interesante ver que las madres que no trabajan creen que el doble rol de la mujer es conflictivo y difícil de manejar, y que acarrea consecuencias negativas en los hijos y la pareja. En contraste, las mujeres que trabajan perciben menor conflicto, y hasta ningún conflicto con su doble rol, y encuentran que, aunque signifique algunos costos, es positivo para sus hijos y familia. Pareciera que el hecho de trabajar implica una mayor liberalidad antes de tomar la decisión de trabajar o a raíz de la experiencia laboral misma. Estudios en mujeres marginales de Lima muestran que la organización (por ejemplo, en “clubes de madres”) mejora la autopercepción que tienen y conlleva una serie de cambios (Lora & Anderson, 1989).

Es evidente que se encuentran diferencias en la satisfacción con el rol y el conflicto de rol dependiendo del tipo de ocupación remunerada o que produzca ingreso que tenga la mujer. En norteamericanas, por ejemplo, se vé que las profesionales se sienten más satisfechas tanto con su trabajo remunerado como con su trabajo en el hogar, que las mujeres de ocupaciones estenográficas (oficinistas, secretarias, u otro personal administrativo), y que las amas de casa. Pero tanto las profesionales como las de ocupaciones estenográficas presentan un mejor autoevaluación que las amas de casa (aunque todas significativamente menor que la autoevaluación que tienen los hombres). Además, las profesionales viven el trabajo como un reto positivo, y sentirlo así, junto con tener un buen autoconcepto, contribuyen a una mayor satisfacción con el trabajo (Shukla & Saxena, 1988). Es claro que cuanto mejor preparada esté la mujer para enfrentar ese “reto”, y cuanto más libre sea de escoger su

ocupación, mejores serán las condiciones para que se experimente satisfacción con el trabajo.

Movimientos, feministas, como Flora Tristán, han venido trabajando el tema de salud mental de la mujer peruana que trabaja, y, como Bermúdez (1990), sostienen que dado el contexto de subordinación, discriminación y desvalorización en el que vive la mayoría de las mujeres peruanas (el desempleo y sub-empleo es generalizado y golpea más fuertemente a las mujeres) el riesgo de que la salud mental sufra es mayor en este grupo poblacional. Pero Bermúdez reconoce que el trabajo remunerado es un mecanismo para romper la dependencia económica, salir del aislamiento doméstico y ampliar marcos de referencia. Al desarrollar recursos, la mujer mejora su autoconcepto y su perspectiva de la realidad, establece más lazos de solidaridad y comunicación y accede a beneficios sociales y a un mayor poder negociador en la familia.

Investigaciones con mujeres peruanas campesinas y del Ande muestran que no existe el "conflicto de rol" en estos grupos (Campaña 1982; Harris, 1977; Maletta, 1978; Villalobos, 1977). En un estudio de los años 70, con mujeres peruanas de clase media y de nivel de educación relativamente bajo, se encontró que ellas se definían básicamente por su rol de madres (independientemente de que sus hijos sean mayores ya), y luego por su rol de esposas (Andersen, 1981). Esto se daba aún cuando muchas de ellas contribuyeran significativamente al ingreso familiar con trabajos informales, usualmente diseñados para no tener que salir del hogar o interferir al mínimo con el rol de madre o esposa (movilidad escolar, repostería, confección, clases de idiomas o cocina, entre otros). Pero en una revisión posterior Andersen señala que es probable que con la aguda crisis económica que ha venido agravándose en el Perú, era probable esperar que las mujeres hayan cambiado en su autopercepción tradicional.

Sin embargo, otro estudio con mujeres de clase media peruana, pero limeñas (lo cual, por lo general, significa un mejor nivel educativo y cultural) demuestra la prevalencia de un tradicionalismo. Se encuentra que menos del 20% creen que no existe conflicto dual, y un 14% adicional cree que existe, pero que el trabajo de la madre es beneficioso para la familia (Ráez, en: Burga y Cathelat, 1981). La mayoría de las mujeres entrevistadas eran solteras y es sabido que las solteras suelen tener actitudes más liberales, como muestran los estudios transculturales (Ragúz 1991), y acá sucede lo mismo. Pero así como en otros lugares, el liberalismo se restringe a actitudes hacia el trabajo e igualdad de oportunidades, siendo las actitudes hacia la maternidad el filón más resistente al cambio. Se vio también que las mujeres que no trabajan solo (37% lo hacía a tiempo completo) tienden a creer más en el conflicto de roles que las que trabajan.

En base a la revisión de una serie de trabajos (Barnett y col, 1985; Belles, 1982; Brown & Harris, 1978; Coleman & Antonucci, 1982; Crosby, 1983; Epstein, 1983; Kessler & McRae, 1981; Marikangas, 1985, Veroff y col, 1981), Baruch y Barnett (1986) concluyen que el trabajo asalariado tiene consecuencias psicológicas positivas para la mujer. Cuando mayor sea su status, mayor será el bienestar experimentado (Schoenbach, 1985).

En nuestro medio, Silva (1990) revisa otros trabajos (Guzmán y Portocarrero, 1985 1989; Hudis, 1976; Moulton, 1977; Navarro, 1982, Vezin, 1983; Villeneuve-Gokalp, 1985) y realiza una investigación con mujeres limeñas adultas de clase media, encontrando que aún cuando el trabajo no presente condiciones muy satisfactorias, es en sí gratificante, lo que no se observó en las amas de casa. La autora concluye que el trabajo económicamente reconocido parece tener un impacto sobre la autonomía y la capacidad de decisión en la relación de pareja.

Los estudios de Krause (Krause, 1984; Krause & Geyer-Pestello, 1985) sobre mujer que trabaja y depresión, son un ejemplo de la complejidad de las variables en juego. Así, sólo el rol laboral —y no el rol de ama de casa o el de cuidado de los niños— predice depresión. Además, no todas las mujeres sienten un conflicto de roles, pero cuando efectivamente lo perciben su depresión es mayor que en las que no lo experimentan.

Las amas de casa experimentan más depresión a raíz de conflictos maritales, que las esposas que trabajan. Si bien el trabajo puede reducir el stress marital, no parece reducir el stress en la relación madre/hijo (Krause, 1984). Se ha visto que en la mujer el stress laboral suele ser mayor que el familiar, pero cuando se da un conflicto familiar, su depresión en relación a este conflicto es mayor que la experimentada por conflictos laborales. El desempeñarse en múltiples roles, en vez de ser negativo, mitiga el stress marital debido al rol laboral de la mujer; pero, a su vez, aumenta el stress madre/hijo (Kandel y col., 1985). Al parecer, el rol laboral tiene un “efecto” tipo amortiguador respecto del stress del rol de esposa (Froberg y col., 1986), pero tener o no apoyo social resulta ser una variable interviniente.

Vemos, pues, que una serie de variables están en juego al hablar del conflicto de rol. Sin embargo, la teoría psicológica tradicional sobresimplifica las cosas cuando afirma que el conflicto psicológico de la mujer que trabaja es algo ineludible. Autores como Piotrkowski y Repetti (1984) sostienen que una tarea crucial de las mujeres es lidiar con el conflicto interno y la culpa moral. De existir, este conflicto y esta culpa únicamente pueden explicarse en función de una socialización diferencial de los sexos, donde la niña es orientada hacia el rol maternal, alrededor de cual giran los demás atributos femeninos tal como la cultura los define (Ragúz, 1991). De ahí que la maternidad y

maternalidad sean el elemento crucial de la identidad de la mujer, y la femineidad se suponga se apoya sobre bases biológicas, cuando en su mayor parte, es una construcción de la cultura.

Maternidad

La maternidad resulta ser, al menos en una serie de países donde el fenómeno se ha estudiado, lo que más influye en los patrones de empleo (Moore y col., 1984). Basta recordar cómo algunas sociedades, a raíz de la Guerra Mundial, utilizaron medios masivos en compañías para que las mujeres participasen en la guerra y luego manipularon la ideología y valores de manera que regresasen a sus hogares, a un rol maternal tradicional.

En la sociedad peruana, donde la realidad sociodemográfica en el contexto de una crisis económica apunta a la urgencia de implementar políticas efectivas de educación en población y salud, es claro que la maternidad no deseada representa un problema. Pero igualmente importante es la maternidad deseada que reposa en una serie de prejuicios e ignorancia, e inclusive, en una violencia socialmente justificada.

La literatura popular y científica ha venido cimentando la creencia en un "instinto maternal" que va más allá del período prenatal, que también representa un producto del sexismo y de un enfoque tradicional de la psicosexualidad. El supuesto "instinto" de la maternidad, reificado y distorsionado en extremo (Badinter, 1981) parece en gran parte provenir de presiones socializadoras. En base a estudios del instinto en animales se habla de "instinto maternal" pero, en el caso del hombre, se prefiere el término "impulso" parental, de menor connotación determinista. ¿En qué se basan, realmente, las motivaciones de la mujer para la maternidad?

Sutherland (1978), en Canadá, encontró que en gran parte la perpetuación de la estereotipia sexual tradicional se debe a la crianza tradicional por parte de la madre. Gerson (1980), mediante análisis multivariado, establece que el deseo de tener hijos en universitarias neoyorkinas, obedece principalmente a una identidad de rol sexual tradicional (femenina), a una actitud antifeminista, y al recuerdo del amor materno. Menor importancia evidencian el recuerdo del amor paterno y una infancia feliz, y la percepción de que la madre tuviese éxito con, y disfrutase de, criar a los hijos.

En el estudio de Ráez (1981) con limeñas de clase media y buen nivel educativo, se observa que cada vez más las mujeres tienden a ver los hijos como algo no tan excluyente en sus vidas, y a valorar la realización profesional o el amor, deslindada de la noción de hijos. Esto apunta a la llamada "masculinización" de intereses, y a la "femineización" de nuevos intereses. Los perfiles

psicológicos, sociológicos y antropológicos de limeñas de clase media y buen nivel educativo (Burga y Cathelat, 1981), muestran que si bien existen algunas actitudes emergentes hacia el trabajo y los roles de la mujer, prevalece el tradicionalismo en el matrimonio, las decisiones familiares y la participación política.

En un estudio de Chueca y Campos con universitarias, se ve que el amor es también uno de los principales objetivos, más que los hijos o la carrera (Chueca, comunicación personal, Julio 1989).

Estudios como el de Weeks y Gage (1984) con universitarias norteamericanas y otros trabajos transculturales muestran una tendencia al mayor igualitarismo entre sexos, en especial en las áreas de autoridad y cuidado del hogar, pero menor liberalismo se aprecia hacia la educación, la participación social, el empleo y mantenimiento, el cuidado de los hijos y las características personales.

En una charla en la Universidad de Stanford, California (Mayo 14, 1988) la antropóloga Jane Collier decía que los estereotipos sexuales norteamericanos se apoyan en la división trabajo versus casa, producción versus reproducción; atribuyéndose al trabajo características tradicionalmente asociadas con el hombre y la masculinidad. Estudios transculturales hacen patente el hecho de que el mayor igualitarismo y liberalismo en las actitudes varía según el momento de vida de la persona, según su nivel educativo y su experiencia laboral (Ragúz, 1988; 1989). Por ejemplo en las parejas durante la primera experiencia de paternidad, se observan cambios hacia mayor flexibilidad en el padre y mayor tradicionalismo en la madre (Belsky & Pensky, 1988; Cowan & Cowan, 1988; Feldman & Aschenbrenner, 1983).

Aunque se aprecie una tendencia hacia mayor liberalismo en las sociedades, los cambios son aún modestos (Baldwin, 1984; Beali, 1985; Bush y col., 1977-78; Diamond, 1988; Huston, 1983; Iovovitz & Steinman, 1980; La Torre & Piper, 1978; Loomis, 1987; Schultz, 1974). Y, como decíamos antes, los cambios se aprecian más en términos de actitudes hacia la mujer y el igualitarismo de derechos, pero la maternidad continúa siendo un filón tradicional (Baber & Monahan, 1988; Etaugh & Spandikov, 1981; Frodi y col., 1982). Los cambios son más notorios en las mujeres; los hombres siguen siendo bastante tradicionales (Alzate, 1989; Brems & Johnson, 1989; Mott & Mott, 1984; Streitmatter y col., 1984). Esto es así tanto en norteamericanos como en alemanes, colombianos, australianos, peruanos, o cualquier grupo estudiado.

Autoestima y autoconcepto

Hay una relación positiva entre Feminismo (liberalismo) y autoestima, y la autoestima, a su vez, se asocia a la satisfacción conyugal (Usher y Fels,

1985). Pero a diferencia de lo encontrado por Shukla y Saxena (1988) estos autores encontraron que las amas de casa no evidenciaban ni menor Feminismo ni menor autoestima que las mujeres que trabajan. Es más, la segunda reportaban mayores niveles de conflicto y depresión. Una vez más, esto no debe interpretarse necesariamente como una “peor” salud mental, objetivamente hablando. Otros autores (Baker, 1985), si encuentran que las mujeres que trabajan, independientemente de su edad y ocupación, tienen un mejor auto-concepto.

Precisamente preguntándose si la multiplicidad de los roles de la mujer y, siguiendo a Long y Porter (1984), si la calidad de estos roles tienen un efecto sobre el bienestar psicológico femenino, es que Silva (1990) realiza su investigación con una pequeña muestra al azar de mujeres adultas (30 a 40 años) limeñas, de clase media. Bienestar y malestar se operacionalizaron mediante mediciones de sobrecarga y conflicto de roles, ansiedad y depresión, autocontrol, felicidad, satisfacción, optimismo, autoestima y autovaloración. La calidad de rol se estimó para los roles de trabajo y ama de casa, para solteras, casadas, con y sin hijos. Mediante regresión múltiple se estableció que el bienestar psicológico de la mujer puede explicarse por el número de roles y, en especial, por la calidad autopercibida del rol de trabajadora y/o ama de casa. En menor grado explican también el malestar psicológico. La calidad de los roles de esposas o madres o explicaba el bienestar o malestar psicológico. Tampoco había diferencias entre amas de casa y trabajadoras remuneradas en su bienestar o malestar.

Una variable que antes resaltáramos es la de la libre elección de trabajar. Smith (1985) encuentra que las casadas que deciden trabajar, suelen ser, al igual que sus maridos, más liberales y a favor de la mujer, en las tareas del hogar y las actitudes hacia el trabajo de la mujer, aunque no necesariamente sean más igualitarias en el terreno político o sexual.

En general, la evidencia favorece más la hipótesis de la “expansión” que la de la “escasez”; es decir, el trabajo de la mujer más que limitarla, agotarla, y tener un efecto negativo sobre ella, parece ser que potencializa a la mujer en una serie de aspectos (Woods, 1985).

Sarraceno (1987) incide en que el cambio debe darse no sólo a nivel económico, político y social, sino en la identidad femenina misma. Otros notan que el cambio a nivel laboral, por sí sólo, no necesariamente garantiza un cambio en la relación entre los sexos.

En el Perú los investigadores sociales, los Femenistas, y algunas agrupaciones políticas han priorizado el trabajo de la mujer como un medio para lograr cambios importantes en la identidad y el comportamiento de las mujeres.

Silva (1990) revisa estos trabajos y menciona, por ejemplo, los de Francke (1985), Mercado (1978), Ponce y Francke (1985), Sarmiento (1979) y Suárez y col. (1982). La concientización y educación de la mujer se considera un puente para lograr mejorar su posición en la sociedad peruana, y una serie de esfuerzos se han realizado en este sentido (Chira, 1983; Francke, 1983; Sara-Lafosse, 1980; Villalobos (1978). Entre otros factores, se ha resaltado la importancia de los roles sexuales tradicionales, ya que su interiorización dificulta su cuestionamiento y garantiza el status quo respecto de la situación de la mujer (Guzmán y Portocarrero, 1985).

Orientación de rol sexual

La orientación de rol sexual —autopercepción de la propia masculinidad y femineidad de la persona— es otra variable relevante en la investigación de los “efectos” del trabajo de la mujer. Usando los más conocidos instrumentos de medición de la orientación de rol sexual, el Inventario de Roles Sexuales de Bem (BSRI), (Bem, 1974; 1981), y el PAQ, que permiten la clasificación en Masculinos, Femeninos, Andrógenos (alta masculinidad y alta femineidad) e Indiferenciados (baja masculinidad y baja femineidad), Rendely y col. (1984) vieron que las mujeres Andrógenas, sea que trabajen o no, presentan menor sintomatología que las indiferenciadas. Y las indiferenciadas y las femeninas (ambas con baja masculinidad), presentan la mayor ansiedad, depresión, y sensibilidad interpersonal. Las Masculinas y las Andrógenas presentan mejor salud mental, evidenciando la importancia de la alta masculinidad para el ajuste psicológico (Ragúz, 1991).

Esto es claramente entendible cuando se analizan los estereotipos de rol masculinos: asertivo, confía en si mismo, independiente, seguro de sí mismo, toma decisiones con facilidad, de fuerte personalidad, dominante, defiende sus creencias, capaz de tomar una posición. Estos estereotipos constituyen en realidad un tipo de masculinidad, como encontramos en un estudio en el que, mediante análisis de unidimensionalidad con el modelo matemático de Rasch, deriváramos, del BSRI una escala de Femineidad y dos sub-escalas independientes de Masculinidad (Ragúz, 1991, Kerbusch y van den Wollenberg, sometido a publicación).

Los estereotipos masculinos antes mencionados constituyen una dimensión homogénea de masculinidad, mientras que otro grupo de estereotipos refleja otro aspecto diferente de la masculinidad. Esta segunda escala de masculinidad, independiente de la anterior, está conformada por: activo, analítico, de empuje, con habilidades de liderazgo, deseoso de arriesgarse, agresivo, individualista, y actúa como líder. Sería, pues, otro tipo de masculinidad. En cambio la femineidad parece definirse unidimensionalmente términos de: flexible, alegre, tímido, afectuoso, cree en halagos, leal, sensitivo a las nece-

sidades de otros, comprensivo, compasivo, deseoso de aliviar las heridas sentimentales de otros, habla suavemente, cálido, tierno, infantil, crédulo, infantil, no usa lisuras, ama a los niños, y gentil. Tradicionalmente la femineidad se ha asociado con maternidad, maternalidad, con figura "nutriente" y expresiva.

En los estudios sobre masculinidad ya se había detectado el llamado problema de unidimensionalidad, viéndose, por ejemplo, la existencia de varios factores en el análisis factorial. Pero los estudios hablan de masculinidad sin llegar a esta fina diferenciación de las dimensiones implícitas, que creemos es indispensable seguir afinando.

Así, en este uso global e indiferenciado que se hace del constructo, se vé que la masculinidad se relaciona más que la femineidad, con una serie de variables de personalidad y conducta que tienen que ver con el rol dual de la mujer. Así, a mayor masculinidad, las madres (al menos, de niños de 6 años) experimentan mayor deseo de trabajar fuera del hogar, por más horas, y, efectivamente, lo hacen (Krogh, 1985). Pero al margen de que la orientación de rol sexual sea expresiva (Femenina) o instrumental (Masculina), el hecho de que la madre trabaje y qué tan fuerte sea su motivación de logro parecen ser factores determinantes en qué tanto participa en las tareas femeninas del hogar y en la toma de decisiones al interior de éste (Nyquist y col, 1985). Las mujeres femeninas suelen preferir carreras y ocupaciones de menor status y menor paga, y donde existen menos oportunidades (Clarey & Sanford, 1982). Las mujeres Masculinas suelen ser más competentes, cuando habilidad y competencia se miden en términos masculinos; pero un estudio (Agrawal & Agarwal, 1987) muestra que, con criterios que valoran también lo femenino, se encuentra que las mujeres Andrógenas son más competentes en el trabajo que las que tienen otra orientación de rol sexual.

Tal como usualmente se valoran las cosas, es la masculinidad en conjunción con un alto nivel educativo, lo que mejor predice logro en la carrera en las mujeres (Wong y col., 1985). Las mujeres Femeninas no sólo logran menos, sino que lo atribuyen a su poca habilidad y esfuerzo, reflejando las bajas expectativas que de ellas parecen haber tenido sus padres (y sus parejas, nos permitimos añadir).

Hemos hablado antes de la satisfacción del esposo, y de paso, algo respecto de la satisfacción de la esposa con el rol dual. Rotheram y Weiner (1983) notan, que al margen del sexo y de si ambos trabajan o no, la satisfacción personal de los Andrógenos es mayor que la de los Masculinos, Femeninos e Indiferenciados. La Androginie supone una mayor flexibilidad, un mundo de intereses más amplio, un potencial mayor de atributos de personalidad que posibilita una mejor adecuación a las circunstancias y de las circunstancias a

uno mismo, y un mayor número de posibles fuentes de gratificación. La satisfacción de la pareja dual es mayor, independientemente de su orientación de rol sexual; pero la mayor satisfacción no supone falta de stress. Por el contrario, la personas Andrógenas tienden a experimentar stress laboral, trabajen o no los dos en la pareja. Y las parejas que trabajan, sean o no Andrógenas, suelen experimentar stress tanto laboral como personal, al menos uno de los dos, pudiendo ser hombre o mujer. El stress es una condición de vida; el problema es cómo se enfrenta uno al stress y lo maneja. El negar que existe puede más bien indicar cierta perturbación o desajuste, tal como sucede con la ansiedad en psicoterapia.

Experiencia laboral no tradicional

¿Qué sucede cuando una mujer no sólo se aleja del rol maternal, sino que entra a un terreno laboral poco tradicional? Mc Ilwee (1982) entrevistó jóvenes obreras y las volvió a entrevistar uno y dos años después, encontrando que había disminuído la preocupación por tener éxito en un ámbito no tradicional, por demostrar habilidad y llevarse bien con los demás, y aumentar su confianza en sí mismas. Ahora, les preocupaban más las mismas cosas que a cualquier otro empleado hombre, como las condiciones de trabajo y el trabajo en sí que realizaban.

En mujeres casadas, cuanto más se alejen del rol de ama de casa en su quehacer ocupacional, mayor es su masculinidad; siendo las profesionales las de mayor androginie (Welch, 1979).

Apoyo Social

Shenan (1984) sostiene que elementos que mediatizan el bienestar psicológico de la mujer que trabaja son: la ayuda con el cuidado de los hijos, la satisfacción con el trabajo, y la participación en asociaciones y redes sociales más amplias. Pero Krause y Geyer-Pestello (1985) no encuentran evidencia de que la ayuda con los hijos o el hogar mitigase la depresión en mujeres casadas con conflicto de rol. Lo que más influía eran sus creencias sobre los roles sexuales, cuánto valoraban su salario, y qué tanto estaban comprometidas con su trabajo.

Conclusiones

La satisfacción con la vida depende de la propia flexibilidad y la perspectiva de futuro que se tenga (Fooker, 1982). El modelo Andrógino supone, como una característica definitoria, la flexibilidad; y urge al rompimiento con moldes rígidos y estereotipados que limitan la autorealización de la persona como tal al encasillarla en función de su sexo biológico en una serie de

estereotipos de rol sexual. La teoría de la Androginia (Bem, 1974, 1981; Berzins, 1979; Kaplan, 1979; Vogel, 1979) y del Esquema Genérico (Bem, 1981) derivada después, todavía requieren un mayor desarrollo y mayor investigación, pero constituyen un inicio de ruptura con la teoría psicológica tradicional que consideraba la estereotipia sexual un ideal del proceso socializador. Reconocer que la persona tiene tanto características masculinas como femeninas, según etiquetas culturales, y que éstas constituyen un “esquema cognitivo” que mediatiza la acción, explica, en parte, las diferencias individuales entre personas de diversa orientación de rol sexual. Esto ha permitido a la investigación sobre la mujer que trabaja, reformular una serie de supuestos y comprender mejor la complejidad de la interacción de variables. En una cultura que estereotipa tradicionalmente a las personas en base a su sexo biológico, es entendible que la identidad (autoconcepto, autoestima) de las personas esté básicamente determinada por la identidad sexual (psicosexual), donde la estereotipia y la autopercepción de la propia masculinidad y femineidad juegan un rol determinante. El comprenderlas mejor quizá, algún día, nos llevará a trascenderlas.

Referencias

- Agrawal, M. & Agarwal, P. (1987), (India). Job competence and sex-role identity of women in sex-linked jobs. *Indian Journal of Current Psychological Research*, 2, (2), 120-123.
- Alzate, H. (1989). (Colombia). Sexual behavior of unmarried Colombian university students: A follow-up. *Archives of Sexual Behavior*, 18, (3), 239-250.
- Anderson, J. (1981). *La mujer de la clase media limeña*. Lima: Perú Mujer/AMIDEP.
- Ander-Egg, E. (1980). *La mujer irrumpe en la historia*. Madrid: Marsiega.
- Baber, K.M. & Monahan, P. (1988), College women's career and motherhood expectations: New Options, old dilemmas. *Sex Roles*, 19, (3-4), 189-203.
- Baker, M. (1985). Career women and self-concept. *International Journal of Women's Studies*, 8, (3), 214-227.
- Baldwin, R.O. (1984). Stability of masculinity-femininity scores over an eleven-year period. *Sex Roles*, 10, (3-4), 257-260.
- Barnett, R.C. & Baruch, G.K. (1985). Women's involvement in multiple roles and psychological distress. *Journal of Personality and Social Psychology*, 49, (1), 135-145.
- Baruch, G. & Barnett, R. (1986). Role quality, multiple role involvement and psychological well-being in midlife women. *Journal of Personality & Social Psychology*, 51, (3), 578-585.
- Baruch, G.; Barnett, R. & Rivers, C. (1985). *Lifeprints: New patterns of love and work for today's women*. New York: McGraw-Hill.

- Baruch, M.J. (1989). *Orientación del rol sexual en mujeres que trabajan en profesiones sexualmente tipificadas*. Tesis de bachillerato en Psicología, PUC, Lima.
- Beail, N. (1985). Fathers and infant caretaking. *Journal of Reproductive and Infant Psychology*, 3, (2), 54-63.
- Beckman, L.J. & House, B.B. (1979). The more you have, the more you do: the relationship between wife's employment, sex-role attitudes, and household behavior. *Psychology of Women Quarterly*, 4, (2), 160-174.
- Belsky, J. & Pensky, E. (1988). Marital change across the transition to parenthood. *Marriage & Family Review*, 12, (3-4), 133-156.
- Bem, S. (1974). The measurement of psychological androgyny. *Journal of Consulting and Clinical Psychology*, 42, 155-162.
- Bem, S.L. (1981). Gender Schema theory: A cognitive account of sex-typing. *Psychological Review*, 88, 354-364.
- Bermúdez, D. (1990). *Mujer, salud mental y trabajo*. Lima: Flora Tristán.
- Berzins, J. (1979). Discussion: Androgyny, personality theory, and psychotherapy. *Sex Roles*, 5, 258-264.
- Bovbjerg, A. (1985). Kvinders skyld (Culpa de la Mujer); (Danés). *Udkast*, 13, (2), 182-205.
- Bradbard, M.R. & Endsley, R.C. (1986). Sources of variance in young working mothers' satisfaction with child care: A transactional model and new research directions. *Advances in Early Education & Day Care*, 4, 181-207.
- Brems, C. & Johnson, M.E. (1989). Problem-solving appraisal and coping style: The influence of sex-role orientation and gender. *Journal of Psychology*, 123, (2), 187-194.
- Burga, T. y Cathelat, M.F. (1981). *Perfil de la mujer peruana*. Lima: Ausania.
- Bush, D.E.; Simmons, R.G.; Hutchinson, B. & Blyth, D.A. (1977-78). Adolescent perception of sex roles in 1968 and 1978. *Public Opinion Quarterly*, 41, (4), 459-474.
- Campaña, P. (1982). *Estudio preliminar de la condición y participación económica de la mujer en el Perú Rural*. Lima: Perú-Mujer/AMIDEP.
- Carrillo, T.E. & Walter, C.A. (1984). Mirroring and autonomy: The dual tasks of mothers. *Child & Adolescent Social Work Journal*, 1, (3) 143-152.
- Clarey, J.H. (1985). Resocialization. A strategy for moving beyond stereotypes. *Journal of Counseling and Development*, 64, (3), 195-197.
- Corman, E.H.; Russo, N.F. & Miller, J.B. (1981). Inequality and women's mental health: An overview. *American Journal of Psychiatry*, 138, (10), 1319-1330.
- Cowan, C.P. & Cowan, P.A. (1988). Who does what when partners become parents: Implications for men, women, and marriage, *Marriage & Family Review*, 12, (3-4), 105-131.
- Chira, K. (1983). La situación de la mujer peruana. En: *El Sur Peruano: Realidad poblacional*. Lima: AMIDEP.

- Davis, K. (1984). Wives and work: The Sex Role Revolution and its consequences. *Population and Development Review*, 10, (3).
- De Konick, M. (1984). Double work and women's health. *Canada's Mental Health*, 32, (3), 28-31.
- Diamond, D. (1988). Rational men, emotional women? *Stanford Observer*, May 15th.
- Dittman, L.L. (1986). Finding the best care for your infant or toddler. *Young Children*, 41, (3), 43-46.
- Earle, J.R. & Harris, C.T. (1985). Modern women and the dynamics of social psychological ambivalence. *Psychology of Women Quarterly*, 9, (1), 65-80.
- Etaugh, C. & Spandikov, D.B. (1981). Changing attitudes toward women: A longitudinal study of college students. *Psychology of Women Quarterly*, 5, (4), 591-594.
- Feldman, S.S. & Aschenbrenner, B. (1983). Impact of parenthood on various aspects of masculinity and femininity: A short term longitudinal study. *Developmental Psychology*, 19, (2) 278-289.
- Fookien, I. (1982). Patterns of health behavior, life satisfaction, and future tiem perspective in a group of old aged women: Data of "survivors" from a longitudinal study. *International Journal of Behavioral Development*, 5, (3), 367-390.
- Francke, M. (1983). *Crecimiento poblacional y deterioro de la educación superior* Lima: CNP.
- Froberg, D.; Gjerdingen, D. & Preston, M. (1986). Multiple roles and women's mental and physical health: What have we learned? *Women & Health*, 11, (2), 79-96.
- Frodi, A.M. & Lamb, M. (1978). Sex differences in responsiveness to infants: A developmental study of psychophysiological and behavioral responses. *Child Development*, 49, (4), 1182-1188.
- Gerson, K. (1986a). What do women want from men? Men's influence on women's work and family choices. *American Behavioral Scientist*, 29, (5), 619-634.
- Gerson, K. (1986b). Briefcase, baby or both? *Psychology Today*, 20, (11), 30-36.
- Gerson, M. J. (1980). The lure of motherhood. *Psychology of Women Quarterly*, 5, (2), 207-218.
- Hansen, S.L. & Darling, C.A. (1985). Attitudes of adolescents toward division of labor in the home. *Adolescence*, 20, (77), 61-72.
- Harris, O. (1978). Complementarity and conflict: An Andean view of women and men. En: J.S. Lafontaine (ed.), *Sex and age as principles of social differentiation*. London: Academic Press.
- Huston, A.C. (1983). Sex-typing. In: P.H. Mussen (Ed), *Handbook of Child*

- Psychology*. New York: Wiley & Sons. Volume 4, Socialization, personality, and social development. Capítulo 5, 388-450.
- Ivovitz, E. & Steinmann, A. (1980). A decade later: Black-White attitudes toward women's familial role. *Psychology of Women Quarterly*, 5, (2), 170-176.
- Kandel, D. et al.(1985). The stressfulness of daily social roles for women: Marital, occupational, and household roles. *Journal of Health & Social Behavior*, 26, (1), 64-78.
- Kann, S.E. & Shroeder, A.S. (1980). Counselor bias in occupational choice for female students. *Canadian Counselor*, 14, (3), 156-159.
- Kaplan, A. (1979). Clarifying the concept of androgyny: Implications for therapy. *Psychology of Women Quarterly*, 3, (3), 284-292.
- Kestembaum, C.J. (1986). The professional women's dilemma: Love and/or power. *The American Journal of Psychoanalysis*, 46, (1), 15-21.
- Klein, R.P. (1985). Caregiving arrangements by employed women with children under 1 year of age. *Developmental Psychology*, 21, (3), 403-406.
- Krause, N. (1984). Employment outside the home and women's psychological well-being. *Social Psychiatry*, 19, (1), 41-48.
- Krause, N. & Geyer-Pestello, H.F. (1985). Depressive symptoms among women employed outside the home. *American Journal of Community Psychology*, 13, (1), 49-67.
- Krogh, K.M. (1985). Women's motives to achieve and nurture in different life stages. *Sex Roles*, 12, (1-2), 75-90.
- La Torre, R.A. & Piper, W.E. (1978). The Terman-Miles M-F test: An examination of exercises, 1, 2, and 3 forty years later. *Sex Roles*, 4, (1), 141-154.
- Long, J. & Porter, K. (1984). Multiple roles of midlife women: A case for new directions in theory, research, and policy. In: G. Baruch & J. Brooks-Gunn (eds.): *Women midlife*. New York: Plenum.
- Loomis, C. (1987). Today's Kids with yesterday's goals. *Parents*, April 15.
- Maletta, H. (1978). Perú, un país campesino? *Revista Analisis*, 6, Lima.
- Mc Ilwee, J. (1982). Work satisfaction among women in nontraditional occupations. *Work and Occupations*, 9, (3), 299-335.
- Mercado, H. (1978). *La madre trabajadora: El caso de las comerciantes ambulantes*. Lima: CEPD.
- Miller, J.B. (1987). Women and power. *Women & Therapy*, 6, (1-2), 1-10.
- Moore, K. et al. (1984). Working wives and mothers. *Marriage and Family Review*, 7, (3-4), 77-98.
- Mott, F.L. & Mott, S.H. (1984). Prospective life style congruence among American adolescents: Variations in the association between fertility expectations and ideas regarding women's roles. *Social Forces*, 63, (1), 184-208.
- Moulton, R. (1977). Some effects of the new feminism. *American Journal of Psychiatry*, 134, (1), 1-6.

- Nyquist, L. et al. (1985). Household responsibilities in middle-class couples: the contribution of demographic and personality variables. *Sex Roles*, 12, (1-2), 15-34.
- Piotrkowski, C.S. & Repetti, R.L. (1984). Dual-earner families. *Marriage & Family Review*, 7, (3-4), 99-124.
- Ponce, .A. & Francke, M. (1985). Hogar y familia: problemas para el estudio sociodemográfico. En: *Hogar y familia en el Perú*, Lima: PUC.
- Pryor, M.g. & Reeves, J.B. (1982). Male and female patterns of work opportunity structure and life satisfaction. *International Journal of Women's Studies*, 5, (3), 215-226.
- Quintin, E.P. (1985). Les politiques familiales au Québec dans la perspective de l'évolution du rôle de la femme [Políticas familiares en Quebec, desde la perspectiva de la evolución del rol de la mujer]. (Fran). *Apprentissage et socialisation*, 8, (2), 70-83.
- Ragúz, M. (1988). La mujer que trabaja: revisión de investigaciones sobre atribución de logro; preferencias y metas ocupacionales; actitudes hacia el trabajo de la mujer. *Revista de Psicología de la Pontificia Universidad Católica del Perú*, 6, (1-2), 27-37.
- Ragúz, M. (1989). Maternidad/Maternalidad y Trabajo: I "Efectos" del rol dual sobre los hijos y la pareja. *Revista de Psicología de la Pontificia Universidad Católica del Perú*, 7, (1), 3-21.
- Ragúz, M. (1991). Masculinity and Femininity: An empirical definition. Tesis doctoral en Psicología, Katholieke Universiteit te Nijmegen, Nimega, Holanda.
- Ragúz, M.; Kerbusch, S.J. & van den Wollenberg, A.L. (1989). Derivation of unidimensional, sample-free Sex-Role Orientation Scales through Rasch-analysis. Presentado para publicación.
- Reinharz, S. (1983). Women as competent community builders: The other side of the coin. *Issues in Mental Health Nursing*, 5, (1-4), 19-43.
- Reskin, B.F. & Coverman, S. (1985). Sex and race in the determinants of psychophysical distress: A reappraisal of the sex-role hypothesis. *Social Forces*, 63, (4), 1038-1059.
- Rosenwasser, S.M.; González, M.H. & Adams, V. (1985). Perceptions of a housewife: The effects of sex, economic productivity, and subject background variables. *Psychology of Women Quarterly*, 9, (2), 258-264.
- Rotheram, M.J. & Weiner, N. (1983). Androgyny, stress, and satisfaction: Dual-career and traditional relationships. *Sex Roles*, 9, (2), 151-158.
- Sara-Lafosse, V. (1980). *El status de la mujer y su implicancia para la familia*. Forum Familia y Población, Lima: AMIDEP, Dec. 3-7. 1979.
- Sarmiento, C. (1980). *Las relaciones familiares y la sexualidad*. Forum sobre la Familia y Población, AMIDEP, Lima, Dic. 3-7th.
- Sarraceno, C. (1987). *Pluralità é mutamento: Riflessioni sull'identità femminile*. Milano: Franco Angeli.

- Schultz, G.E. (1974). Changing conceptions of masculinity-femininity. *Dissertation Abstracts International*, 34, 3508B-3509B.
- Selkow, P. (1984). Effects of maternal employment on kindergarten and first-grade children's vocational aspirations. *Sex Roles*, 11, (7-8), 677-690.
- Shenan, C.L. (1984). Wives' work and psychological well-being: An extension of Gove's social role theory fo depression. *Sex Roles*, 11, (9-10), 881-899.
- Shukla, A. & Saxena, S. (1988), (India). Women's satisfaction with the dual work role. *Psychologia: An International Journal of Psychology in the Orient*, 31, (4), 239-242.
- Silva, M.L. (1990). *Compromiso de la mujer en múltiples roles y bienestar psicológico*. Tesis de bachillerato en Psicología, PUC, Lima.
- Smith, T.M. (1985). Working wives and women's rights: The connection between employment status of wives and the feminist attitudes of husbands. *Sex Roles*, 12, (5-6), 501-508.
- Soliman, P. & Mayseless, O.B. (1982). Correlates between mother's employment, father's involvement and child's mental health. *Israel Journal of Psychiatry & Related Sciences*, 19, (2), 121-127.
- Stearns. B. et al. (1980). Sexism among psychotherapists: A case not yet proven. *Journal of Consulting and Clinical Psychology*, 48 (4), 548-550.
- Streitmatter, J.L. (1985). Cross-sectional investigation of adolescent perception of gender roles. *Journal of Adolescence*, 8, (2), 183-193.
- Suárez, F. et al. (1982). *Cambio en la economía peruana y evolución de la situación de empleo de la mujer*. Seminario de Análisis y promoción de la participación de la mujer en la actividad económica. UNICEF: Lima, 1982, Marzo 2-5.
- Sutherland, S.L. (1978). The unambitious female: Women's low professional aspirations. *Signs*, 3, (4), 774-794.
- Thomson, E. (1980). The value of employment to mothers of young children. *Journal of Marriage and the Family*, 3, 551-567.
- Usher, S. & Fels, M. (1985). The challenge of feminism and career for the middle-aged woman. *International Journal of Women's Studies*, 8, (1), 47-57.
- Villalobos, G. (1977). *Situación de la mujer campesina en cuatro zonas del Perú*. Lima: AMIDEP.
- Vogel, S. (1979). Discussant's comments symposium: Applications of androgyny to the theory and practice of psychotherapy. *Psychology of Women Quarterly*, 3, (3), 255-258.
- Weeks, M. O'Neal & Gage, B.A. (1984). A comparison of marriage-role expectations of college women enrolled in a functional marriage course in 1961, 1972, and 1978. *Sex Roles*, 11, (5-6), 377-388.
- Welch, R.L. (1979). Androgyny and derived identity in married women with varying degrees of non-traditional role involvement. *Psychology of Women Quarterly*, 3, (3), 308-315.

- Wojciechowski, D. (1982). I am a working mother... but who am I? *Journal of Employment Counseling*, 19, (3), 106-112.
- Wong, P.T.P.; Kettlewell, G. & Sproule, C.F. (1985). On the importance of being masculine. Sex-role, attribution, and women's career achievement. *Sex Roles*, 12, (7-8), 757-769.
- Woods, N.F. (1985). Employment, family roles, and mental ill health in young married women. *Nursing Research*, 34, (1), 4-10.